

Capítulo XVII.

Los que hacen buenos á los malos.

Habian llegado con Ovando á la isla muchos aventureros, no pocos visionarios, bastantes especuladores; todos en general hombres sin fortuna, sin prestigio en España, que no llevaban más deseo que el de enriquecersé.

Por desgracia desde aquellos tiempos casi todos los que han abandonado la madre patria para dirigirse á las ciudades de América, en vez de ir animados por el deseo de llevar la civilizacion á aquellos privilegiados paises, en vez de ir seducidos por el encanto de sus paisajes, por la riqueza de su vejetacion, no han llevado más anhelo que el de sacar el oro de sus entrañas, y tal vez por eso la América, jóven aún, tiene todo el aspecto de una jóven gastada en el vicio.

Apenas desembarcaron, secundando los deseos del gobernador se dirigieron á las minas.

Todos querian trabajar en ellas, y las labores del campo les parecian estériles en comparacion de los tesoros que su imaginacion pensaba hallar descubriendo filones auríferos.

El padre Las Casas, el ángel tutelar de los indios, describe el cuadro que ofrecian aquellos hombres en breves y elocuentes líneas.

«Hormigueaban en los caminos los aventureros de toda clase, dice; llevaba cada cual sus provisiones y los picos y azadas para el laboreo de las minas, y hasta los mismos hidalgos llevaban al hombro los útiles y los víveres, y se consideraba muy dichoso el que poseia un caballo para llevar á Santo Domingo los minerales que arrancaba á la tierra.

»Se dirigian precipitadamente á las minas, ansiosos cada cual de llegar el primero, en la seguridad de que llegar y recoger riquezas seria todo uno.

»Imaginaban que el oro se juntaba tan fácil y prontamente como se coge la fruta de los árboles.»

Pero no tardó el desengaño en suceder á la ilusion.

Bien pronto se convencieron de que para encontrar oro necesitaban cavar la tierra; que no bastaba la voluntad, sino que era necesario inteligencia para hallar los veneros.

Por lo tanto, sus esfuerzos fueron inútiles, y despues de muchos dias de trabajo, la mayor parte de ellos no hallaron oro, en tanto que los más hábiles ó

más afortunados, por dirigirse á sitios en donde habia aquel metal, le encontraron en abundancia.

Trabajaban, sin embargo, con constancia; el trabajo aumentaba su apetito; pero no hallaban oro, y los víveres se acababan.

Las provisiones se agotaron por fin, los trabajadores perdieron la paciencia, la desesperacion se apoderó de su ánimo, y se volvieron tristes á la ciudad por el camino que poco antes habian ido gozosos impulsados por la codicia.

En poco tiempo perecieron más de mil hombres devorados por malignas calenturas, atormentados por sus pesadumbres ó debilitados por el hambre que sufrían.

Durante este tiempo apenas pudo ocuparse Ovando de mejorar la condicion de los colonos, porque todo su afán era enviar á España á los que podían hacerle daño y reunir las riquezas con que quería deslumbrar á los reyes.

La horrible catástrofe que acaeció aumentó el inmenso pesar de los habitantes de la isla, y Ovando necesitó tomar prontas y enérgicas medidas para poner término á los estragos del hambre y regularizar las condiciones de los colonos.

En su expedicion habian ido mujeres con sus maridos.

A los casados los distribuyó en cuatro ciudades del interior, concediéndoles muchos privilegios.

Reanimó el entusiasmo por las minas, disminuyendo la regalía de la mitad del producto á la tercera parte, y algun tiempo despues á la quinta.

Concedió á los españoles el derecho de utilizar para aquellos rudos trabajos á los indios, que fueron desde entonces considerados de derecho como esclavos.

Todas estas medidas parecían inspiradas para justificar los actos de Colon, para que los naturales del país echasen de ménos el paternal gobierno de aquel hombre.

Es cierto que él habia sido el primero que habia establecido el sistema de poner indios al servicio de los españoles.

Pero antes habia hecho convenios con los caciques, y aquellos que prestaban servicios á los españoles eran eximidos del pago del tributo.

Bobadilla, más tirano aún, exigió á los caciques cierto número de indios para que trabajasen en las minas que explotaban los españoles, y en esta ocupacion eran tratados hasta con crueldad; y para que no se escapase ninguno, numeró á los indios, los dividió en clases y los repartió entre los colonos.

Estos acuerdos indignaron á la reina de tal modo, que decretó inmediatamente la partida de Ovando para que pusiese término á aquella situacion.

Ovando á su llegada declaró libres á los naturales del país, y desde aquel momento se negaron á trabajar en las minas.

No tardaron en experimentarse las consecuencias de esta libertad.

Libres los indios, se negaban á hacer toda clase de trabajos.

No habia medios de cobrarles el tributo, ni de que labraran los campos, y esto fué causa á que Ovando escribiese á los reyes participándoles lo que pasaba.

Con más astucia que sinceridad, encareció mucho á la reina la necesidad que habia de ejercer cierto dominio sobre los indios.

—Porque si los dejamos en libertad,—añadia,—no podremos conseguir que vivan á nuestro lado, que nos estimen, que se trasmitan á su corazon las doctrinas de la fé cristiana.

No tardó Ovando en recibir contestacion á su comunicacion, con el encargo expreso de que no economizase medio alguno para inspirar en los indios afecto á los españoles, y veneracion y respeto á la religion católica.

Autorizábanle á que los emplease en ciertos trabajos, pero con moderacion, y si era absolutamente necesario para su propio bien.

En ningun caso deberian recurrir á la fuerza, sino obtenerlo todo por la persuasion y por la bondad.

Ordenábanle del mismo modo que se remunerasen de una manera equitativa sus trabajos, y que uno ó dos dias de la semana, dando descanso á su cuerpo, los instruyeran en los misterios del cristianismo.

Estas instrucciones, que eran una concesion arrancada á los generosos sentimientos de la reina y á la codicia del rey, se convirtieron en sentencia de muerte para los pobres indios.

Llamando en torno suyo á los colonos más princi-

pales, los animó, diciéndoles que iba á cesar de nuevo la independenciam de los indios.

—He indicado á sus majestades la necesidad que hay de que nos sirvan para sacar producto de nuestra estancia aquí, y convencidos de las razones que he alegado, me han concedido la autorizacion necesaria para someterlos de nuevo á los trabajos en que se les utilizaba durante la administracion de mis antecesores.

En lo sucesivo, cada español tendrá, segun su calidad, cierto número de indios, que podrá recoger con una orden mia de los caciques.

Bien es verdad que habrá que darles salario, y os tendreis que comprometer á instruirles en la religion católica; pero este ligero sacrificio quedará largamente recompensado con los beneficios que ha de reportarnos el trabajo de los indígenas.

Asistia á aquella reunion, en la que Ovando comunicaba su resolucioñ á los colonos, el padre Las Casas, que habia tenido ocasion de conocer á fondo la índole de los indios y se habia constituido en su heróico defensor.

Hizo cuantos esfuerzos pudo para librar de aquella nueva opresion á sus defendidos, pero todo fué inútil.

Su voz generosa fué apagada por los que apoyaban las medidas adoptadas por Ovando.

La última hora de Haiti se acercaba precipitadamente.

Los pregoneros salieron á recorrer la isla para informar á los caciques y á sus súbditos de las órdenes del gobernador de la colonia.

Ovando, resuelto á acallar con el espectáculo del oro cuantas acriminaciones pudieran hacerle en la córte de España, consideraba ya á los indios peor que si fueran esclavos, y aspiraba á convertir en oro su paz, su independéncia, hasta su propia vida.

Nada más elocuente, nada más exacto que la pintura que hace el padre Las Casas en sus libros de aquel juicio final de Haití.

«Los indios cayeron de nuevo en la esclavitud, y aun cuando se obligaban á darles un salario, era tan insignificante que más que dádiva por un servicio, parecía un refinamiento de crueldad.

»Por otra parte, la instrucción que les daban se reducía á prepararles en uno ó dos días á recibir el bautismo.

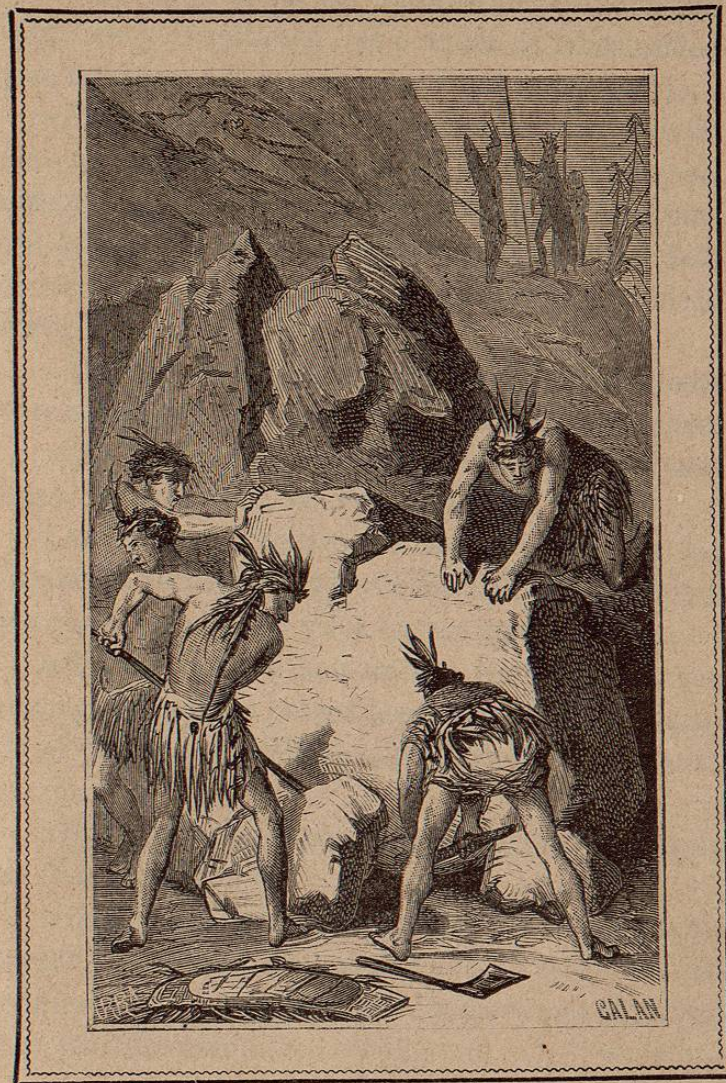
»Conducidos por una guardia, se les hacía trabajar de día y de noche sin descanso en los sitios en donde se creía que había de encontrarse el oro. Cababan la tierra y removían enormes peñascos por encontrar pequeñas partículas de oro, que iban á aumentar el tesoro con que se habían de cargar los barcos para España.

»Los españoles, en su sed de oro, preferían que los indios cultivasen los campos y explotasen las minas á que aprendieran la doctrina cristiana.

»Al principio se dispuso que trabajaran seis meses al año.

»Después se elevó á ocho.

»Llegaron á ser tratados peor que en tiempo de Bobadilla, y sus opresores cubrían la infamia de aquel trato diciéndose unos á otros, y manifestando á los indios, que si los empleaban en aquellos trabajos era



CRISTÓBAL COLÓN.—Cababan la tierra y removían enormes peñascos.

por el bien de su alma, por hacerles que abandonasen la molicie y adquiriesen las prendas de laboriosidad y de honradez tan necesarias al hombre para vivir.

» Pero muy á menudo separaban los amos á los indios de sus mujeres y sus hijos, los tenían ausentes mucho tiempo, y ni aun quejarse les permitian, porque á la menor señal de desobediencia, al menor acto de resistencia pasiva, les imponían el duro y ominoso castigo de los azotes.

» Tenían por alimento el pan de cazabe, insuficiente para nutrirlos después de las fatigas que arrostraban.

» Cuando se les daba carne era en tan pequeña cantidad, que apenas la saboreaban.»

Las Casas refiere que durante la comida de los españoles, se disputaban los famélicos indios las migajas que caían al suelo y los huesos que arrojaban.

«Era tan voraz el hambre que les dominaba, que después de roer los huesos los machacaban, mezclando el polvo que resultaba con el insustancial pan de cazabe.

» Más desgraciados aún eran los que trabajaban en las faenas del campo.

» Su alimento se reducía siempre á raíces y pan de cazabe, lo que no les libraba de que los españoles les exigiesen un trabajo superior al hombre más vigoroso y mejor alimentado.

» Si algún indio trataba de huir y tenía la desgracia de caer de nuevo en manos de sus opresores, el castigo que sufría era cruel.

» Después de azotarle de la manera más inhumana,

se le cargaba de pesadas cadenas para imposibilitarle de hacer nuevas tentativas.

«Muchos sucumbían agobiados por aquel trabajo.

«Los que sobrevivían, después de arrostrarle durante seis ú ocho meses, se le permitía volver á su casa con la obligación de presentarse pasado el término de la licencia que se les concedía, para comenzar de nuevo á sufrir la tiranía de sus opresores.

«Al otorgárseles este permiso, no se les facilitaba alimento alguno, y los pobres indígenas, cuyas casas distaban á veces cuarenta, sesenta ú ochenta leguas, se mantenían durante el camino con raíces, hortalizas y pan de cazabe.»

Estenuados por el cansancio y las privaciones sucumbían muchos en el camino, y el padre Las Casas, al dar cuenta de sus infortunios, se expresa de este modo:

«He encontrado á muchos muertos por el camino; á otros jadeando bajo los árboles, y otros en las agonías de la muerte, gritando con voz moribunda: ¡Hambre!... ¡Hambre!...»

Los que por fin llegaban á sus casas, sufrían nuevos dolores.

Generalmente las hallaban desiertas, porque durante su ausencia sus mujeres y sus hijos, ó habían sucumbido, ó las habían abandonado.

Los campos, descuidados durante tanto tiempo, no contenían más que abrojos, y los infelices indios, desesperados con aquel nuevo dolor, estenuados por la fatiga y por el hambre, morían á las puertas de sus deshabitadas casas.

Capítulo XVIII.

Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la duda, busca la verdad.

En medio de esta desolación, la figura de Anacaona se destacaba como la síntesis de todos aquellos infortunios.

Sofocando los suspiros que á cada instante quería exhalar su pecho, conteniendo las lágrimas que pugaban por salir á sus ojos, reunió todas sus fuerzas para recorrer á todas horas su devastado imperio, dar un ejemplo con su resignación á los que padecían desesperados, consolar á los afligidos y compartir con ellos las desdichas que habían caído como una maldición sobre la en otro tiempo bendita isla de Haití.

Pero todo su valor, toda su energía, no bastaban en algunos momentos á calmar su emoción.